



Programa Regional "Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas"

TALLERES DE DEBATE EN TORNO A CIUDADES MÁS SEGURAS PARA TOD@S: “LAS MUJERES Y EL PODER”

Presentación*

SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación está llevando a cabo un ciclo de talleres de debate como parte del Programa Regional "Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas"¹, que es ejecutado por el Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer (Unifem), Oficina de Brasil y países del Cono Sur, y Oficina Región Andina; y que es financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI).

Este ciclo se enmarca en la línea de sistematización y producción de conocimiento del Programa, que se propone el fortalecimiento del debate público sobre la seguridad de las mujeres en las ciudades y la generación de propuestas de políticas públicas desde una perspectiva de género.

El segundo taller del ciclo se realizó el día viernes 1º de diciembre, en la sede de SUR Corporación, en Santiago de Chile. Estuvo a cargo de Dolors Comas D'Argemir, antropóloga y quien fuera diputada en el Parlamento de Catalunya, por Iniciativa per Catalunya Verds; y se estructuró sobre la base de su texto, próximo a publicarse en España, "Mujeres, las otras políticas".

Algunas de las cuestiones que esta autora plantea y desarrolla en dicho artículo, sobre la base de que las estructuras y tiempos de la política corresponden a un modelo masculino, se relacionan con cuáles son los aportes de las mujeres a la política cuando acceden a ella, los obstáculos socioculturales para que las mujeres participen y las razones que hacen imprescindible su participación.

A partir de la lectura de dicho texto, se conversó acerca de la estructura masculina del poder, de cómo la división del trabajo se refleja en la estructura del poder, de los partidos, las instituciones, de

* Transcripción realizada por Raúl Morales, y editada por Paulina Matta y Paula Rodríguez, SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación.

¹ Véase SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación, "Programa Regional Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas", en <<http://www.sitiosur.cl/unifem.asp>> (Consultado en enero de 2007).

cómo se manifiestan los estereotipos en dichos ámbitos, de la importancia de que mujeres y hombres cumplan los mismos roles y actividades, y de la necesidad de modificar la construcción del género, entre otros.

Las intervenciones hicieron referencia a las condiciones institucionales que actualmente no están presentes pero que son necesarias para, siguiendo a Iris Young², el desarrollo y el ejercicio de las capacidades tanto individuales como colectivas de comunicación y cooperación, para la construcción de un espacio público inclusivo. En ese sentido, fueron muy provocadoras las preguntas de Rolnik, qué significa feminizar la democracia en tiempos de crisis de los sistemas democráticos, cuando se constata un “sentimiento de verdadero odio mezclado con asco a la política, a los políticos”; y de Matus, acerca de cuáles son los mecanismos para, superando las crisis de representación de los sistemas democráticos, provocar la cercanía entre mujeres. Asimismo, destacamos los comentarios de Comas sobre que la participación de las mujeres aporta el valor de la diferencia, porque se trata de una cuestión de igualdad, de justicia, de eficiencia y de legitimidad democrática; y de Núñez, cuando incluye la noción de clase en su análisis y señala que actualmente sólo las mujeres profesionales tienen ciertas condiciones para estar presentes en el espacio político y muchas de ellas, cuando acceden a él, reproducen los discursos masculinos.

Estas, sin lugar a dudas, fueron participaciones significativas porque, como lo señaló Comas al término de su taller: “Si no se habla, si no se hace visible, no existe. Ustedes lo saben: si una cosa no es visible, no existe. Hay cosas que se están hablando porque son las mujeres las que las están hablando”.

Participaron en esta actividad Marisol Saborido, del equipo UNIFEM Santiago, encargada de presentar y llevar a cabo la conversación; Virginia Vargas, antropóloga; Raquel Rolnik, secretaria nacional de urbanismo del Ministerio das Cidades, de Brasil; Jordi Borja, geógrafo y urbanista, de Barcelona; Luis Alvarado, geógrafo; Roser Bru, artista plástica; Claudina Núñez, dirigente poblacional; y Verónica Matus, de La Morada.

SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación.
Primera semana de enero de 2007.

² Véase Iris Young, 1990, “Five Faces of Oppression”, en *Justice and the politics of difference*, New Jersey, Princeton University Press, p. 39.

CONVERSACIÓN

MARISOL SABORIDO: A nombre de SUR Corporación tengo el agrado de presentar a Dolors Comas, nuestra invitada especial. Dolors es antropóloga y fue diputada del Parlamento de Cataluña. Ella nos va a hablar desde su lugar en la política y también como antropóloga, acerca de sus reflexiones en torno a las relaciones entre género y poder.

DOLORS COMAS: Os voy a hablar de lo que ha dicho Marisol, de la difícil relación de las mujeres con la política, cuestión que me surgió a partir de esa doble condición que ella ha apuntado. Yo, como antropóloga, había trabajado sobre cuestiones de género y la relación de las mujeres con el mundo laboral; por lo tanto, ya tenía una reflexión en ese ámbito. Al participar en política, vi desde mi experiencia propia, y también a partir de lo que los antropólogos llamamos “observación participante”, lo que son las cuestiones de género que se expresan en el ámbito político. Estas son las reflexiones de las que voy a hablar aquí, en un país como Chile, donde ustedes tienen desde hace algunos meses a una presidenta de gobierno, una presidenta mujer, lo que es muy raro en política. Hay muy pocas, las podemos contar con los dedos de esta mano, y nos sobran dedos. Si nos preguntamos cuántas mujeres en el mundo tienen la máxima responsabilidad política, hay muy pocas: Chile, Alemania, Liberia, Irlanda, Nueva Zelanda, Santo Tomé y Príncipe. Estos son países muy distintos. Quizás se me olvida alguna, pero son poquísimas.

Hay algunas preguntas que tenemos que hacernos: ¿por qué hay tan pocas mujeres en la política formal? Y, ¿por qué a las que hay les cuesta tanto el acceso a los lugares de poder? Hay dos cuestiones: ¿cuántas mujeres hay en la política? (hay muchas menos que hombres) y ¿por qué las que hay no tienen la hegemonía? (no tienen el poder). El poder es básicamente masculino. ¿Y nos conformamos con esto? Bueno, yo no me conformo con esto, y por eso, entre otras cosas, me interesa hablar y debatir estos temas, y es un placer hacerlo hoy aquí, con ustedes.

Entonces, hay pocas mujeres en la política formal. Esto puede medirse de muchas maneras, pero si quiero subrayar y hago la pregunta es porque sí hay mujeres. Luego veremos los obstáculos. A las mujeres les cuesta más que a los hombres hacer actividad política, tienen obstáculos adicionales a los de los hombres. Pero esto pasa también en otros ámbitos de la vida social, económica, etc. En cambio, sí tenemos mujeres, bastantes mujeres, participando en movimientos sociales, en movimientos populares, en organizaciones no gubernamentales, donde incluso hay más mujeres que hombres. En España, en este momento, hay más mujeres que hombres en las organizaciones no gubernamentales. Eso implica, también, dedicar un tiempo extra al trabajo.

Y si hay mujeres en estos ámbitos, ¿qué pasa con la política formal? Porque estamos hablando de movimientos sociales que implican también una vertiente política, puesto que implican luchar por cuestiones de manera colectiva. No obstante, tienen una dimensión que los distingue, y es que, básicamente, los movimientos sociales se movilizan por aspectos concretos, que muchas veces tienen que ver con aquellos con los que las mujeres están involucradas: con cuestiones que afectan a la salud, al bienestar de las personas, a la calidad de vida de los barrios; a materias que tienen que ver con condiciones de vida muy directas para ellas, para sus hijos, para su familia. Entonces, aquí hay un punto: la política formal interesa menos a las mujeres que a los hombres. Aparece como distante, nos parece distante a todos los ciudadanos. Es decir, hablamos de “clase política”, y la llamamos así porque la vemos como formada por personas diferentes, que tienen un lenguaje propio, que incluso tienen una manera distinta de hacer las cosas.

Hay una distancia también entre la actividad política y la ciudadana. Los que nos dedicamos a la política constantemente decimos “tenemos que tender puentes”: es que hay como un abismo entre la sociedad civil y la política. El lenguaje político es abstracto, muchas veces las discusiones de los políticos parecen cosas que los implican a ellos, entre ellos, y que tienen poco que ver con lo que a los ciudadanos les afecta en primera instancia. ¡Claro que tiene mucho que ver!, pero me estoy refiriendo a que el lenguaje es muy abstracto.

Entonces, por esto y otras cuestiones, es que en la mayor de países —en España y posiblemente en Chile también—, las mujeres están menos informadas de la actualidad política que los hombres, leen menos los periódicos. Esto, y otras cuestiones que veremos después, alejan a las mujeres de la política.

Pero no quiero dar la impresión de que la culpa es de las mujeres, porque no es así. Es una manera de empezar. Vamos a intentar ver cuáles son los obstáculos. ¿Por qué se produce este alejamiento? Porque no es culpa de las mujeres; si las mujeres no se interesan por la política no es culpa de las mujeres. Es como si, cuando hablamos del ámbito general, dijéramos que las mujeres no quieren tener determinadas ocupaciones si son a determinadas horas, y pareciera que ellas fueran las culpables de una situación laboral que las discrimina. Bueno, pues no: no son las culpables. Como están montadas las cosas, es la estructura misma, es la estructura y organización de la política formal, de los partidos, de las instituciones políticas, lo que de alguna manera ha hecho que haya obstáculos para la participación política de las mujeres.

En primer lugar, la política es muy masculina; se ha montado por los hombres desde una lógica masculina y con una estructura de poder muy jerárquica. Este no es un análisis que haga yo, esto es así. Si miramos históricamente la construcción del sistema democrático en distintos países del mundo, y si vemos sobre todo aquellos países como Francia, que se considera “la cuna” de las instituciones y las lógicas democráticas, la política se montó por parte de los hombres a partir de una división sexual del trabajo, a nivel social, en que las mujeres atendían las cuestiones domésticas, de la casa y de la familia, y los hombres las cuestiones públicas por excelencia. Pero fijémonos en un dato: en las primeras democracias sólo podían votar los hombres y ser elegidos los hombres. Por eso digo que no es una interpretación que haga yo. Es que la propia revolución francesa, que se basó en los valores de la igualdad, la fraternidad y la solidaridad, decía “el sufragio debe ser universal”; y cuando se decía “universal”, era masculino. ¿Cuándo las mujeres empezaron a votar? En el primer lugar que empezaron a votar lo hicieron a finales del siglo XIX; en España en el año 31, en Francia en el 45. ¡En Francia, la cuna de la democracia!... ¿En el 51 fue aquí? Es decir, las mujeres han estado excluidas de la política.

Plantear que la política ha sido construida por los hombres, desde una lógica masculina, quiere decir que han excluido a las mujeres. Esto, obviamente, arrastra cosas. Arrastra una inercia en la cual las mujeres han llegado más tarde a la política y se han encontrado con una estructura ya montada, por

* En 1934 se dictó la ley sobre Elecciones Municipales, según la cual la mujer podía tanto elegir como ser elegida para cargos municipales; en diciembre de 1948 se aprobó en el Senado el proyecto de ley sobre sufragio femenino ampliado, pero la nueva ley recién fue publicada en el Diario Oficial el 14 de enero de 1949, lo que impidió que las mujeres pudieran votar en las elecciones parlamentarias de marzo de ese año. Sólo pudieron hacerlo en las parlamentarias de 1951. Véase Javiera Errázuriz Tagle, “Discursos en torno al sufragio femenino en Chile 1865-1949”, *Historia* (Santiago) 38, no. 2 (dic. 2005): 257-286. Disponible en http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0717-71942005000200002&script=sci_arttext (visitado 28 diciembre 2006).

decirlo así. Por tanto, las mujeres que han participado en política, de alguna manera se han tenido que adaptar a esta estructura. Y es que no puede ser de otra manera. Hemos tenido que jugar con las reglas del juego existentes. Hemos tenido que “hacer de hombres”, por decirlo así. Se valora a una mujer —se valora si lo hace bien o no— si lo hace igual que un hombre. Se la desvaloriza si es diferente: “Es que no grita tanto, es que no insulta tanto, es que no es fuerte”. Entonces, la política es masculina.

Por otro lado, pensando en la división social de trabajo, es verdad que las mujeres lo tienen más difícil para participar en política, porque las mujeres hacen más cosas que los hombres. No doy más importancia a unas cosas que a otras, sino que hacen más cosas. Las mujeres que tienen una profesión, que trabajan en una fábrica, que participan en el mundo laboral, no dejan de cuidarse de la casa, de las personas que hay en ella, de los hijos, de los que no pueden valerse, de los que también pueden valerse pero no hacen las cosas de la casa y lo hacen las mujeres. Esto, que ha sido muy estudiado en el campo laboral, ha hecho que se hable de que las mujeres hacen dobles jornadas. Si hablamos de la política, debemos decir “triples jornadas”, porque la lógica de la política no es la lógica laboral. La política no se hace en horarios laborales; cuando está montada así, la política se hace en unos horarios imposibles para las mujeres. Las reuniones empiezan —no sé aquí— desde las siete de la tarde en adelante. Son horas que, para las mujeres que están en una edad de criar hijos, de luchar en el trabajo, hacen prácticamente imposible la participación. Los hombres, estas cuestiones las suelen tener resueltas y, por lo tanto, a las mujeres les suele ser más difícil.

Si además de ser más difícil, tenemos una estructura de los partidos que es jerárquica, en que los lugares de poder lo ocupan los hombres, en donde los cargos se los reparten básicamente los hombres, y dejan a las mujeres las cosas menos interesantes... Pues mira, no sé como decirlo, es que hay que currárnoslo[§] todo, hay que trabajárnoslo todo, hay que demostrar siempre que se vale para hacer determinadas cosas. Esta es otra cuestión que quería señalar.

Otro obstáculo son los estereotipos: cuando las mujeres participan en política, parece inevitable que esta división del trabajo que hay en la sociedad para ellas resulte un problema. Yo recuerdo que cuando Michelle Bachelet fue elegida presidenta, en España, por la radio, iban repitiendo una crónica en que mostraban reacciones de distintas personas en Chile acerca de la elección. Alguna de las cuestiones que planteaban era que el hecho de ser mujer era un problema. Recuerdo a un señor que, por la manera en que hablaba parecía una persona poco instruida, decía: “¿Cómo puede funcionar un país si tiene al frente a una mujer? Una mujer no tiene la capacidad de un hombre para gobernar”. Pero a él, precisamente esta señora le da mil vueltas, porque ha tenido más acceso a la educación o por lo que sea. No es una cuestión de ser hombre o mujer, pero aparecía ese estereotipo. En Francia, Ségolène Royal ya es la candidata socialista a la presidencia de la república. Bueno, a Ségolène Royal uno de sus propios compañeros de partido, cuando se enteró de que se presentaba, dijo: “¿Qué se cree?, ¿qué es un concurso de belleza?”, o “¿quién se va a ocupar de los niños?”. Claro, ¿qué tenía que decir Ségolène Royal?: “Si yo fuera hombre, no me preguntarían estas cosas”. Primero, nadie piensa que un hombre no tiene capacidad o no sabe donde se mete. Se supone que la mujer no sabe donde se mete. Y, por supuesto, se considera que un hombre tiene las cuestiones resueltas; y una mujer, ¿porqué no ha de tener las cuestiones resueltas?

Esos estereotipos, que proyectan una determinada división del trabajo, continúan pesando. Esta división del trabajo se refleja en la estructura de poder, se refleja en la estructura de los partidos, se

[§] “Currar” (del caló *currar*): (coloquial) trabajar. (Diccionario RAE).

refleja en la estructura de las instituciones. Fíjense en los presidentes de partido: si analizamos los distintos países, las cúpulas de los partidos son muy masculinas. Básicamente, las mujeres hacen en los partidos y en las instituciones, en los Parlamentos, en los gobiernos —con excepciones, siempre hay excepciones, lógicamente—, aquel tipo de actividades que podríamos considerar femeninas. Esto se traduce en los partidos, y también en aquellos ámbitos que están feminizados en la sociedad. Ocuparse de educación, de salud, de trabajo social, son cuestiones que hacen las mujeres. Está bien, no digo nada, la cuestión es que a aquello que hacen las mujeres se acostumbra darle menos valor que aquello que hacen los hombres. Las infraestructuras, por ejemplo, es muy excepcional que estén a cargo de mujeres, aunque a veces hay excepciones que confirman la regla. Las infraestructuras, la economía y la hacienda, las cuestiones “fuertes”, se consideran aquellas que hacen los hombres; por tanto, el poder más “duro” en los partidos y en las instituciones lo acostumbran a tener los hombres, y las áreas más de “apoyo” la acostumbran a tener las mujeres.

¿Quiénes son portavoces en los Parlamentos?, ¿quiénes son presidentes en los Parlamentos?, ¿quiénes son presidentes en los gobiernos, ¿quiénes tienen las que se consideran “áreas duras” del poder en las instituciones y en los partidos?: los hombres. En Cataluña, en estos momentos, se ha formado un nuevo gobierno, fruto de una coalición de tres partidos de izquierdas, de la cual formo parte. Y no puedo estar satisfecha cuando se trata de la participación de las mujeres. Las mujeres hicimos un *lobby* tremendo, pero la comisión que se reunió para hacer el acuerdo de gobierno en los partidos eran doce personas, todos hombres. ¿Qué ocurre con esto? Que cuando se buscan los ministros, las ministras, quienes se les ocurre para llenar los cargos son hombres. O dicen ellos, “es que no encontramos mujeres para estos cargos”. Y no es que no se encuentren mujeres, aunque puede que en ciertas áreas haya más dificultades, por una cuestión generacional. Pero, lógicamente, si donde se deciden las cosas no hay mujeres, es más difícil que luego, en el gobierno, haya mujeres. El resultado es que en el gobierno hay catorce personas, cuatro mujeres y diez hombres. En el segundo nivel, de los catorce secretarios generales, dos mujeres y doce hombres. Cuando entramos en el tercer nivel, nos dicen “aquí habrá mujeres, aquí será paritario”. O sea, la capacidad de las mujeres es de tercer nivel, por decirlo así. ¿Es que las mujeres son menos capaces para tener las mismas responsabilidades de los hombres? No. Hay una estructura de poder que es también un obstáculo.

Todo se relaciona. En España, Rodríguez Zapatero se empeñó e hizo, como aquí ha hecho Michelle Bachelet, un gobierno paritario, con igual número de mujeres y de hombres como ministros. Luego, pasando el primer gobierno de Rodríguez Zapatero, como ha habido cambios, estas cifras ya no son tal. Había ocho ministros hombres y ocho ministras mujeres. Los ocho ministros hombres tenían veintitrés hijos —entre todos, no cada uno— (risas). Las ocho ministras mujeres tenían cinco hijos. Yo creo que esta cifra, por sí sola, nos dice qué está pasando: en el caso de los hombres, el hecho de tener hijos, de tener responsabilidades familiares, no es un freno para la política. No digo que no condicione, pero no es un freno para la política. Para las mujeres sí lo es. Para las mujeres, participar en política implica renunciar a otras cosas, implica tener menos hijos, implica optar en sus trayectoria de vida por distintas cosas, porque es muy difícil poderlas hacer todas. Ségolène Royal sería una excepción, en este caso, porque tiene cuatro hijos y está optando a la presidencia de la república. Pero son casos muy excepcionales, casos muy excepcionales.

¿Ha de haber más mujeres en política? Sí. Haciendo un repaso de, por ejemplo, los Parlamentos en el mundo, ¿qué situación tenemos? Pues estamos mal, francamente mal. También hay que decir que se ha ido progresando; es decir, si analizamos la situación actual y la comparamos con la de hace

veinte años, hay saltos cualitativos. Los dos países que tienen más mujeres participando en el Parlamento, en un 49 por ciento —por tanto, lo consideramos partidario— son Suecia y Ruanda.

Suecia no les extrañará: sabemos que desde hace años tienen una política muy fuerte en relación a la participación de las mujeres, en relación a la construcción de un Estado del bienestar que dé facilidades a los hombres y a las mujeres para resolver las cuestiones cotidianas de la vida y, por tanto, puedan tener realmente igualdad de oportunidades. Y esto se refleja en que Suecia, y otros países del norte de Europa como Finlandia, Dinamarca o Noruega, son los que tienen una más elevada participación de las mujeres en la política, como también en el trabajo, en el ámbito laboral, etc. Son lugares donde las mujeres han tenido más presencia pública, en que los movimientos feministas han tenido mucho peso y han presionado mucho. Y sobre todo, se ha asumido globalmente como un bienestar conjunto estas reivindicaciones de las mujeres.

Bueno, Suecia por una razón y Ruanda por una razón muy distinta. En Ruanda, como fruto de una guerra civil muy cruenta, que finalmente tuvo el resultado que tuvo, para la constitución del Parlamento se hizo una ley que obligaba a la paridad. Pero esto fue una estrategia de los hombres para seguir controlando las cosas, pensando, “bueno, las mujeres no saben, las vamos a manejar”. Es una situación muy distinta.

Fuera de estos países, en España estamos en un 36 por ciento de mujeres en el Congreso; Argentina, un 35 por ciento; Chile tiene un 15 por ciento, a pesar de que tienen una presidenta y un gobierno paritario. Pero en el Parlamento están mal, porque si desde la base no hay mujeres en los ayuntamientos o en el Parlamento, luego no las tendremos en los gobiernos. Chile tiene el mismo porcentaje que Estados Unidos, por nombrar uno de los países en los que parece que las cosas van —yo que sé— de otra manera. Pues no, en Estados Unidos, hay un 15 por ciento también. En Brasil hay un 9 por ciento, están mal también.

La situación no tiene que ver con derechas o izquierdas, no tiene que ver incluso con que sean países ricos o pobres; tiene que ver con otras cosas. Tiene que ver con esta presión de las mujeres, esta idea de que la sociedad va a funcionar mejor si los distintos sectores que la componen están mejor representados y están en el ámbito de tomar decisiones. Entonces, ¿es necesario que haya más mujeres en la política? Yo creo que sí. ¿Es suficiente? No, no. Ahora voy a decir una cosa que a mí me parece la clave de muchas cuestiones cuando hablamos de la situación de las mujeres en la sociedad, y no sólo en la política: es muy importante que hombres y mujeres puedan cumplir los mismos roles y las mismas actividades, pero ganamos poco si, además, no se cambian las mentalidades, lo que en antropología llamamos “la construcción cultural del género”. O sea, ¿cómo percibimos y cuáles son las capacidades y habilidades que atribuimos a los hombres y a las mujeres? Porque lo que está pasando en la política, más que en el ámbito laboral y más que en la familia —que ha cambiado más deprisa; este ámbito privado está cambiando más deprisa que el ámbito laboral, político, etc.—, es que la diferencia entre hombres y mujeres está *naturalizada*. Esto es, se atribuye a diferencias naturales. Está “ideologizada”, por decirlo así. Es decir, las mujeres son las que tienen los niños; son las que, como tales, tienen unas determinadas capacidades; los hombres son los que “naturalmente” tienen más don de autoridad para proteger la familia, proteger la sociedad. Asumen la “paternidad social”, por llamarlo así. Y cuando las cuestiones están naturalizadas, cuando las concebimos como fruto de lo natural, no se pueden cambiar. Si nacemos de alguna manera, nacemos de esa manera. Mientras que si entendemos que estas cuestiones son construidas socialmente, son fruto de cómo cada sociedad las ha construido, las podemos modificar. De hecho es así: lo que consideramos “natural” es una percepción social, es una percepción de que aquello se inscribe en la natural.

Por lo tanto, no es suficiente cambiar roles, no es suficiente con que las mujeres hagan lo que hacen los hombres. Hoy día muchas mujeres están demostrando que lo pueden hacer, pero no va a cambiar para nada la política si las mujeres que entran a la política hacen lo mismo que los hombres, se “ponen los pantalones”, por decirlo así. Hay que ver qué es lo que las mujeres pueden aportar de manera distinta, y asumirlo como valor positivo; y a partir de ahí, ver si la política —que no está funcionando perfectamente, por cierto—, puede modificarse y entre todos podemos darle nuevos significados, nuevos valores, etc.

Antes he hablado de obstáculos, obstáculos partir de los cuales a las mujeres les es más difícil entrar en la política y, dentro de la política, tener poder. Pues, ¿qué pasa si estos obstáculos se convierten en oportunidades? Esto significa darles un vuelco a las cosas, porque las sociedades no se transforman si no se da un vuelco a las cosas, si todo sigue igual. Pero es muy difícil darles un vuelco a las cosas. Antes os he dicho que toda esta cuestión de la situación de inferioridad de las mujeres respecto a la política viene también de una historia. Convirtamos esto en una oportunidad. Es decir, si queremos calidad democrática en nuestras sociedades, hemos de superar este obstáculo. La democracia que se está construyendo —y que avanza en unos terrenos más que en otros— será mejor si una parte importante de la sociedad, el 50 por ciento de la sociedad, está participando. Con ello, habrá más legitimidad en la lógica democrática. Por tanto, mejoraremos la democracia si las mujeres están implicadas, con lo que también habrá una oportunidad de renovación política.

¿Se necesita o no renovar la política? ¿Estamos contentos con lo que hay? Creo que, como mínimo, siendo un poco críticos, las cosas pueden ir mejor en casi todos los países. Antes decía que los ciudadanos ven a los políticos como distantes, a la política como distante, la política abstracta. En cambio, el valor de la proximidad puede renovar la política. Si se plantea —no sé si lo han planteado en Chile— la renovación de los cargos políticos, es decir, la limitación de mandatos, es un paso más para las mujeres, porque justamente una de las inercias de los partidos, de las instituciones, tiene que ver con no dejar paso a otros; tiene que ver con que los cargos se van reproduciendo en unas mismas personas. Por supuesto, los hombres, en los partidos, ven a las mujeres como una nueva competencia. Pero si la limitación en los cargos obligara a renovarse constantemente, posiblemente ello daría un marco para cuestionar, para cambiar lo que critican los ciudadanos: que los políticos se autorreproducen, que sólo quieren los cargos, que sólo quieren las sillas... Podemos plantearlo así, como una oportunidad para establecer nuevas prioridades u otras prioridades.

Ya sabemos, por el mundo en que vivimos, el valor de lo material, el valor de la economía, el valor que tienen las cuestiones más “pesadas” en la economía, como las infraestructuras, etc. Esto no lo cuestiona nadie. Pero el crecimiento humano es una prioridad, como mínimo tanto o más que las otras. ¿Por qué quienes se dedican al crecimiento humano, como un maestro o una maestra, han de tener menos sueldo y menos consideración que un ingeniero, cuando están formando personas? Esto traduzcámoslo en la política también. ¿Por qué una asistente social tiene menos sueldo y menos consideración social que un técnico informático, cuando la primera está tratando personas? ¿Por qué una cuidadora de un geriátrico tiene menos sueldo y consideración social que, yo qué sé, cualquier técnico de cualquier cosa? Entonces, pongámoslo esto también en la política. Es decir, ¿no iría bien también un cambio de prioridades y dar valor a aquellas áreas que en política están en un segundo plano, darles más valor?

Por otro lado, otro elemento —y con esto ya llegamos al final— es la cuestión de la innovación. Miren, a veces los cambios han de venir de otras maneras de hacer, de otras miradas, de otras formas de plantearse las cosas; y seguramente las mujeres, cuando no actuamos como hombres —lo sabemos hacer también, a veces—, podemos aportar esta otra mirada, esta otra sensibilidad, que

tiene que ver con las experiencias construidas. No hablo de un “eterno femenino” o de cosas inscritas en la naturaleza, sino de haber hecho más determinadas cosas. Por lo tanto, la innovación y el cambio pueden venir de mano de las mujeres. Cuando en Francia se está optando por Ségolène Royal en el Partido Socialista, es algo que tiene que ver con el cambio o renovación, con otros parámetros. Posiblemente, eso sucedió aquí en Chile con Michelle Bachelet. La participación de las mujeres puede ser un elemento de cambio, de innovación. De hecho, la política la han hecho los hombres, la han gestionado los hombres; pues bueno, ¡probemos qué pasa si lo hacen las mujeres! Peor no irá, peor no irá. Reivindico también la posibilidad de las mujeres de hacerlo mal, lo reivindico. Porque claro, aquello de “las mujeres han de estar si valen”, pues los hombres también deberían estar si valen, pero no siempre es así.

Por tanto, y ahora sí concluyo, dos cosas. No planteo que las mujeres se masculinicen en la política. Es lo que estamos haciendo; es decir, la estructura de poder es la que es, las reglas del juego son las que son, y para poderte abrir paso, haz de hacerlo; o si no, ya está. Se trata de que haya un camino en la otra dirección; es decir, que la política se desmasculinice un poco —y ahora lo digo y supongo que me entienden—, en el sentido de que estos elementos de mayor jerarquía, de autoridad por la autoridad, sean sustituidos por mayor horizontalidad, mayor proximidad, un mayor atender a cuestiones del día a día, de lo que pasa a la gente.

¿Cómo hacerlo? Aquí, lo dejo simplemente planteado. Si no se fuerzan las cosas, las inercias pesan. A mí, si me preguntaran, ¿usted es partidaria del sistema de cuotas? —es decir, que se fije, yo qué sé, la obligación de hacer candidaturas paritarias, o en forma de cremallera—, pues, las cuotas pueden tener muchas traducciones. Podría ser en el momento de hacer las candidaturas, puede verse en el resultado final, en lo que pasa. Por ejemplo, Francia hizo una ley que obligaba a la paridad de las candidaturas y del resultado en el Parlamento. ¿Saben qué porcentaje hay de mujeres en el Parlamento francés, a pesar de esta ley?: un 12 por ciento. ¿Por qué? Porque los partidos prefirieron pagar las multas: si no se cumplía la cuota, entonces se castigaba con una multa, de manera que aquello que el Estado aporta a los partidos se les iba a restar si no cumplían con la paridad, paridad de resultado. En una estructura de partidos donde la hegemonía la tienen los hombres, se reparten los cargos los hombres; y si entra una mujer, “salta” un hombre; para que ese hombre no “salte”, se prefiere pagar las multas. El que pagó las multas fue el partido de derechas, el UMP [*Union pour un Mouvement Populaire*], y los que menos, los de izquierdas, los comunistas, los verdes, porque —entre otras cosas—, al tener menos recursos, no se podían dar el lujo de tener menos subvención. Bueno, ahora estoy materializando mucho [risas]. Pero es así, el propio Partido Socialista, que fue el que tuvo la iniciativa legislativa, también debió pagar multas, multas de mucho dinero, de más de un millón de euros, que no sé cuánto es en pesos, pero es una barbaridad, es mucho dinero.

Las inercias son tan fuertes, que si no se fuerza el modificar estas inercias, de alguna manera siguen pesando. Incluso con leyes aprobadas siguen pesando estas inercias, y de alguna manera hay que romperlas. Esto es en el corto plazo, pero no es suficiente. Ya antes he dicho que no es suficiente con cambiar roles, con que las mujeres hagan lo que hacen los hombres y los hombres lo que hacen las mujeres, y ahí sí seríamos paritarios “de verdad”, sino que hay que cambiar también mentalidades; hay que cambiar la construcción social del género, hay que pensar no sólo a corto plazo, sino a medio plazo, porque estas cosas se modifican muy lentamente. Hay que trabajar desde la socialización, desde una nueva socialización que tenga en cuenta este valor de la igualdad como un valor importante, que pueda incidir en las nuevas generaciones, que son las que harán el cambio de verdad, si es que lo hacen. Se trata, entonces, de niveles distintos, uno más a corto plazo y otro

más a largo plazo. Pero, en todo caso, insisto, si no se fuerzan las cosas, las inercias son las que pesan.

MARISOL SABORIDO: Vamos a ofrecer la palabra, porque la idea es conversar; les voy a pedir se identifiquen, de tal manera que quede registrado su nombre y de dónde vienen. Dolors nos ha planteado muchos elementos que son oportunos para nuestro contexto y nuestras iniciativas en política.

VIRGINIA VARGAS: Yo soy Virginia Vargas, antropóloga. Creo que es necesario trabajar más el concepto de política, porque siempre pensamos que política es poder, y nada más. Generalmente, esa es una relación bastante mecánica. Se debiera trabajar el tema de manera mucho más amplia. Por ejemplo, todos los movimientos sociales son profundamente políticos, o cuando las mujeres participan en una organización de defensa de consumidores, eso también es profundamente político, aunque aparece como algo no tan ligado a las estructuras de poder. Cuando se trata de la toma de decisiones, claro que es muy importante integrar a ese 50 por ciento que somos las mujeres.

Pienso, además, que hay otra cosa muy importante en términos de conocimientos. Del 50 por ciento que somos las mujeres, muchas estamos muy bien preparadas para el aporte de conocimiento. Y a eso hay que agregar que también las mujeres nos preocupamos de otros temas, más ligados al ámbito de lo reproductivo y de lo cotidiano. Eso le da otro tono a la política; a lo mejor los hombres no piensan en algunos temas que son más ligados a las necesidades básicas.

Otro punto es el de la discriminación positiva. Hay todo un proceso al respecto, y los antropólogos lo entendemos muy bien: una cosa es la ley, lo que dice el abogado o legislador, y otra es los cambios culturales que tienen que producirse. Por decreto no vamos a producir esos cambios culturales, no vamos a lograr que el parlamentario tenga una conciencia de género. Eso tiene que ser algo progresivo en el tiempo.

MARISOL SABORIDO: ¿Más preguntas o comentarios?

RAQUEL ROLNIK: Mi nombre es Raquel Rolnik, soy secretaria nacional de urbanismo del Ministerio das Cidades, de Brasil. Solamente quisiera poner unas reflexiones sobre la mesa. El tema es importante: en Brasil hay una ley de cuotas del 30 por ciento: los partidos tienen que tener un 30 por ciento de candidaturas femeninas, no de resultados electorales, y en la realidad no ocurre para nada eso. Yo creo que habría que añadir unas reflexiones un poco más complejas. Veo que en el mundo de la política formal, de la democracia formal, no solamente hay una cuestión de género, que es complicada. La democracia formal no sólo ha sido construida por los hombres con una lógica masculina, sino que también refleja un mundo en crisis, en crisis de representación real. Creo que el problema es que la política —y en Brasil esto es clarísimo— se ha separado totalmente de la vida de la gente, completamente. En este momento en Brasil hay un sentimiento de verdadero odio mezclado con asco a la política, y a los políticos todos, todos sin excepción.

Entonces, creo que tendríamos que entender un poco mejor lo que es la crisis de la política. A mí me preocupa la idea de que para superarla, hay que introducir otros contenidos; la idea de que poco a poco, a partir de la participación de las mujeres, a partir de la participación de los trabajadores, a partir de la participación de la gente pobre en el mundo de la política y de la introducción de otros contenidos, se vaya a superar la crisis del sistema democrático formal. Yo no veo que este proceso esté pasando. Entraron mujeres, poquísimas; entraron trabajadores en la política. Pero todo se puso al revés: lo que pasó fue una captura de la energía de cambio del movimiento social por una lógica

política, una lógica que en sí misma es casi autista con respecto a los movimientos y los cambios desde el poder de la sociedad. Entonces, yo creo que habría que profundizar un poco el análisis de la crisis del sistema democrático formal construido a partir de la revolución francesa y de la revolución liberal. Finalmente, alguien tiene que decir que esto ya no funciona: partidos, Parlamentos, mandatos, fotos, sistema electoral.

Entonces, pregunto, como provocación: ¿qué es feminizar la democracia? ¿Feminizar la democracia es tener más mujeres en este mismo sistema o es cambiarlo totalmente? Cambiar esto desde adentro es difícil. Esta es la lógica de la política: la primera cosa que un político tiene que cuidar es ser reelegido; si no, ya no estará en la política. A partir de ahí empieza todo el lío. Entonces, creo que habría que empezar a discutir un poco más esto. Me interesa muchísimo imaginar qué es lo que las mujeres pueden aportar en esta crisis, en este momento.

Última observación, todo el tiempo en que tú hablabas yo pensaba en Margareth Thatcher como contraejemplo: una mujer haciendo de hombre, ¡y qué hombre! [RISAS] O Condoleezza Rice, claro. Además es negra, mujer, se cumple en los sistemas de cuotas. Estoy de acuerdo totalmente con que en el mundo de la política es casi imposible no actuar como hombre, en términos de una agresividad básica que hay en el mundo de la política, y que nosotros inmediatamente tenemos que empezar por la agresividad. Estas son las reglas del juego, y las reglas del juego, ¿son algo que se cambia a partir de otra mirada o son algo intrínseco al sistema de partidos y de democracia que hemos construido?

JORDI BORJA: Yo soy Jordi Borja, de Barcelona. Quiero hablar a propósito de las oportunidades que habías mencionado tú. Está bien lo de la paridad, pero me pregunto: ¿es la paridad o habría que decir “los hombres fuera de la política”? Porque si ha estado monopolizada por los hombres y hemos llegado hasta aquí... [RISAS]

LUIS ALVARADO: Yo hace mucho tiempo que tengo una inquietud, es algo en que quisiera insistir. Voy a hacer la siguiente afirmación: tengo la sensación de que se sabe poco de las mujeres, que la ciencia sabe poco de las mujeres, con la excepción —probablemente— de las ciencias biológicas. [RISAS] Pero el resto, tengo la impresión, no saben mucho sobre lo femenino, sobre las mujeres. Entonces, cuando nos planteamos este objetivo, del cual yo soy plenamente partidario, relativo a la incorporación de las mujeres al mundo del trabajo, de la política, a todos los mundos, tengo la impresión de que no sabemos muy bien qué son las mujeres.

ROSER BRU: Yo quería plantear, sin ninguna autoridad, y seguramente ustedes lo saben mucho mejor, que aquí en Chile la mujer es mucho más fuerte que el hombre, en el pueblo. La mujer es la mujer es la que asume a los hijos, asume a los allegados que llegan después; se va un hombre y aparece otro. En el pueblo chileno, la mujer es mucho más fuerte que el hombre.

MARISOL SABORIDO: Quería agregar sólo dos cosas, para luego darle la palabra a Dolors: ¿somos las mujeres las llamadas a emprender estas grandes tareas, estas grandes misiones de —por ejemplo, ahora— transformar la política o, lo que decía Raquel, feminizar la política y transformar una lógica muy fuerte, que tiene mucha inercia? Hemos estado llamadas a otras grandes misiones casi imposibles, como el que las mujeres son las que producen las transformaciones en el barrio, que producen el trabajo comunitario, que reeducan, que se hacen cargo de los enfermos, etc. Entonces, ¿hasta dónde aguantamos las mujeres y aguantan las democracias estas misiones imposibles o tareas mesiánicas? Me parece que la de la política es una tarea dura. Eso es una cosa. Lo otro es que, cuando hablamos de transformar o de dar espacios, no se refiere a más actividades en la jornada de

las mujeres, sino a una redistribución de la división sexual del trabajo. En ese sentido, me parece que hay mucho que hacer en el trabajo de los hombres. Creo que los jóvenes están experimentando nuevas vivencias y nuevas experiencias en el sentido de ingresar a la esfera de lo doméstico.

DOLORS COMAS: Yo digo de otra manera eso que dices tú, y es que hay que dar oportunidades a los hombres para que entren en la esfera de lo doméstico. Y lo digo así, precisamente, para aliviar la carga de victimismo: “las mujeres vamos muy cargadas”, “hacemos todo”, etc., etc. En cambio, hay que introducir la dimensión positiva que esto tiene, que es la de dar valor al trabajo familiar, al cuidado de los demás, a la crianza de los hijos, al cuidado de los enfermos, a procurar por el bienestar de las personas, lo que yo antes mencionaba como “crecimiento humano”, para sintetizarlo todo. Porque, finalmente, si yo hablaba de que ésta debería una de las nuevas prioridades en la política, si damos prioridad a estas cosas, tal vez daremos un vuelco a lo que son las actuales prioridades, que son las que son. Por lo tanto, efectivamente yo estoy de acuerdo: hay que transitar en los dos sentidos; es decir, no sólo las mujeres a la política, sino también los hombres a la esfera doméstica. Pero eso no es terrible para los hombres. Esto es así. Es dar la oportunidad a los hombres de tener experiencias que las mujeres hemos tenido en el ámbito doméstico, con todas estas dimensiones para valorar y entender lo más humano de las personas, lo inmediatamente más humano.

Empiezo por aquí no para dictar sentencia, sino dialogando. Obviamente que cuando decimos “las mujeres podemos transformar”, pues bueno, es una manera de decir las cosas. Si no estamos contentos o satisfechos con la actual situación de la política, vamos a probar otras cosas, y posiblemente el hecho de que las mujeres lleven las riendas de la política también puede introducir cambios. Probémoslo. Probablemente no vamos a redimir el mundo, no es que tenga que ser esto una labor mesiánica.

Sobre algunas de las cosas que se han dicho: lógicamente yo he hablado, sobre todo, de la política formal, de la política institucional. Pero existe la política que está implicada en todo lo que hacen los movimientos sociales. Por esto, yo al inicio he dicho que en los movimientos sociales sí tenemos mujeres, sí hay mujeres en la “política informal”. En cambio, es en la organización formal de la política donde es más difícil entrar. Y algo tiene que ver con lo que Raquel decía, acerca de que la política está en crisis de representación, esta falta de confianza en los partidos. En el caso del “eurobarómetro”, un 24 por ciento de confianza en los partidos, y en el ejército un 50 por ciento. ¡Es que es el colmo, el colmo! Algo hay que hacer. Pero cambiarlo todo de raíz, no sé cómo se hace. Yo me confieso: soy reformista, por mucho de izquierdas que sea...

Entonces, los partidos tienen muy poca legitimidad de representación, pero “es lo que hay”, es lo que tenemos, y no sé como podríamos sustituirlo por otra cosa. En todo caso, sí entiendo que hay que funcionar de otra manera, pues la estructura jerárquica de la política y la distancia con la sociedad hacen que la cosa no funcione. Cuando yo citaba el valor de la proximidad, pienso que esto lo pueden aportar las mujeres. Cuando decía “feminizar la política”, digo introducir estos valores distintos, que posiblemente en el corto plazo no van a modificar la crisis de representación que mencionábamos, pero vamos a ver si por ahí podemos hacer algo.

También se pueden introducir otras dimensiones. Laura Balbo, que fue ministra en Italia y es una conocida socióloga en el ámbito de los estudios de género, expresa —y yo estoy de acuerdo— que una de las cosas importantes que pueden contribuir a hacer este cambio de raíz, que se refiere no sólo a cómo funciona la política sino a cómo está imbricada la sociedad con la política, es introducir

el valor de la diversidad, el concepto de *sociedad plural* como un elemento distinto e innovador, pero que al mismo tiempo está presente en nuestras sociedades.

Hoy el reto no es la defensa de la igualdad. Ojo: hemos de seguir luchando por la igualdad de derechos, que no está conseguida. A ver si me explico: el concepto de igualdad está asumido, pero la igualdad real no y, por lo tanto, hay que seguir luchando. Pero un reto nuevo es introducir la idea de diversidad; es decir, se puede ser igual en derechos, aceptando la diferencia como valor, y eso las mujeres lo estamos aportando. Estamos aportando este valor de la diferencia. Cuando estábamos hablando antes de que no hemos de comportarnos como los hombres —y ahí el ejemplo de Thatcher o de Condoleezza Rice es clarísimo— nos referíamos justamente a aportar otras maneras de hacer las cosas. Como concepto básico, *aportar el valor de la diferencia en el marco de la igualdad*. Esto es fácil de decir, pero es difícil de asumir como sociedad, porque la sociedad está construida convirtiendo las diferencias en desigualdades. Y de lo que se trata —y esto sí que es un elemento de innovación y de reestructuración social y política— es que las diferencias no sean desigualdad. Esto sería una discusión muy de fondo.

Un par de cosas más. Estoy de acuerdo con esto de que se sabe poco de las mujeres. Sobre todo me ha convencido mucho una médica que ha sido diputada conmigo varios años. Ella, estudiando las enfermedades, me decía: “De la mujer, se sabe todo sobre la cuestión reproductiva; se sabe poquísimo de todas las enfermedades que afectan más a las mujeres que a los hombres, de eso casi no se sabe”. De la fibromalgia, por ejemplo.

Una última cuestión. Efectivamente, esto de ser más fuertes o más débiles, los antropólogos lo han estudiado mucho en diversas sociedades, y no se corresponde con el poder. Puede ser que las mujeres hagan muchas cosas, que sean las más fuertes desde el punto de vista de llevar a cabo muchísimas cosas, y estar absolutamente subordinadas en el poder. Es lo que pasa, por ejemplo, en muchas sociedades árabes. No pensemos en los harenes, que éstos son de los ricos. Son las mujeres las que llevan la base del trabajo cotidiano y de todo, y están absolutamente bajo una estructura de dominio y explotación brutal por parte de los hombres...

CLAUDINA NÚÑEZ :Yo quería agregar algunos elementos en el análisis de la participación de las mujeres en política. La mayoría de las mujeres que son visualizadas en el mundo de lo político, son mujeres profesionales que tienen ciertas condiciones para estar en ese espacio. Ese es un tema que pesa en esta sociedad, porque las mujeres que están visualizadas en el mundo social y cultural de los movimientos sociales —donde tú dices que la mayoría son mujeres—no tienen esa condición; participan en política en el mundo territorial, en su mundo, pero no pueden llegar al otro espacio. O sea, cuando las mujeres participamos en política, en la política “formal”, nos toca enfrentarnos de igual a igual con los hombres, de igual a igual. A pesar de que, como tú dices, los hombres tienen mucho más “carrete” que nosotras las mujeres; y ahí está el problema, porque se pierde un espacio que es muy importante para las mujeres, que es el de la cercanía.

Si yo hago un análisis de las mujeres que hoy día participan en política, que tienen representación pública, política y electoral, hablamos de las parlamentarias, hablamos de las senadoras y hablamos de las ministras. ¿Quién tiene la característica de la cercanía, que es por lo que salió la Michelle? Hablan un lenguaje distinto, ellas también reproducen el modelo de los hombres, aunque tengan un discurso “feminista”, entre comillas. Entonces, también ahí hay un tema.

Ahora, ¿de qué se preocupa la política?

Nosotras, aquí en Chile, hablamos del tema del aborto. Y perdónenme, pero yo por primera vez en mi vida quedé fascinada al escuchar a un diputado, a René Alinco, que me interpretó absolutamente en mi condición de dirigente social y militante, cuando reclamó el derecho al aborto. Todos los demás se escandalizaron, porque habló fuerte, porque se salió de los cánones del discurso tradicional de la política. Yo esperaba ahí opiniones, incluso de diputadas, de senadoras, mujeres que hubiesen tenido esa actitud. Sin embargo, más que su compromiso y condición de género, los que han asumido en sus discursos políticos, pesaron los poderes del lugar que ocupan.

También pesa mucho la cercanía con la gente, que tú mencionas. Yo también considero que hay una crisis, porque lo político es una cosa y la realidad cotidiana es otra. Y eso tiene que ver con que los políticos ya no viven en los barrios y, por lo tanto, pierden el contacto con la realidad. Ya no andan en micro, ya no andan en metro, pierden el contacto con la realidad.

DOLORS COMAS: Estoy de acuerdo, es así. Pero esto lógicamente no es sólo cambiar actividades o roles. Es cambiar la manera de hacer las cosas y cambiar la manera de funcionamiento de la política. Estoy de acuerdo con lo que haz dicho, totalmente.

VERÓNICA MATUS: Escuchando lo que decías tú, creo que hay un tema en la proximidad de la política, que la política sea más cercana. Pero, ¿cómo se construye la proximidad entre mujeres? Una cosa es, por cierto, la proximidad con los hijos, la familia, los pololos y no sé qué... y otra cosa es socializar la proximidad entre nosotras. Porque la proximidad de las mujeres ha sido construida desde los roles maternos y familiares, pero la construcción de la proximidad de las mujeres en la política es otra cosa. Lo poco que hay nos ha costado muchísimo, y se empieza una y mil veces.

Otra cosa es que creo que en la política el deseo es importante. Personalmente, tengo que hacer una confesión, soy frígida políticamente, [RISAS] porque hoy día la política se hace absolutamente en el espacio institucional. Yo quería hacer política para cambiar el mundo o para hacer algún pedacito más vivible y entretenido. Eso hoy día no está en la política; la política es una cuota de poder del Estado, en el gobierno. Eso es latero, tampoco seduce.

DOLORS COMAS: ¿Eso se da en los ayuntamientos también?

VERÓNICA MATUS: Bueno, puede ser que en los municipios sea distinto, hay más cercanía...

JORDI BORJA: Hay un tema sobre el que quisiera opinar, que es hasta dónde llega la sumisión de las mujeres que están en política al discurso convencional. Hace dos o tres años, hablando con una diputada de izquierda que en muchos aspectos es fantástica, le decía: “¿Cómo puede ser que no tengáis regulado el aborto?”, y me dijo: “Es que esto no podemos ni plantearlo”. La sociedad chilena produce miles y miles de abortos por año, y si no se lo plantea...

VERÓNICA MATUS: Ese es un tema común y, sin embargo, es intocable en el mundo de la política. Yo creo que hay que poner en el tapete los temas que a nosotras nos convocan. Esa es solidaridad, ese es acercamiento.

DOLORS COMAS: Hay que agregar un elemento de esperanza... Si vemos las cuestiones en el tiempo, en España, cuando se discutía en el año 30 o 31 la constitución republicana, se discutía si había que poner o no si había igualdad entre hombres y mujeres. Se discutía eso. La redacción inicial era “no habrá discriminación por razón de religión, de raza y, en principio, de sexo”: “en principio”. Esta era la redacción y había tres mujeres diputadas en aquel momento. Y finalmente fue Clara Campoamor

la que luchó por esto y ahí se quitó “en principio” y se puso “la igualdad”. Lo digo porque en el año 31 había tres diputadas discutiendo esto. Han pasado muchos años, de acuerdo, pero no hemos retrocedido. Y con Franco entremedio, que fue un paréntesis durísimo.

Es cierto que ha habido dificultades para asumir determinados temas, pero si las mujeres no estuvieran ahí, no se asumirían. ¿Se está hablando o no de la violencia doméstica en estos momentos? Sí, se está hablando y se empiezan a hacer cosas. Si no se habla, si no se hace visible, no existe. Ustedes lo saben: si una cosa no es visible, no existe. Hay cosas que se están hablando porque son las mujeres las que las están hablando.